

LIBROS

«El buen soldado», una tragedia insidiosa entre «gentes bien»

Partiendo de Flaubert podría trazarse una línea densa y firme que nos llevara a James Joyce, prolongándose luego hasta Kafka y Beckett. Otra línea, menos densa y firme, quizá más sinuosa, nos llevaría a Henry James, prolongándose luego hasta Ford Maddox Ford y Scott Fitzgerald. Así tendríamos situado, de una manera más o menos aproximada y, desde luego, con harta premura, a Maddox Ford, escritor inglés desconocidísimo en España, cuya pro-

do (1). En ella se nos narra, con un talento extraordinario y una serenidad olímpica, una historia feroz, deplorable y tristísima, mostrándonos con jugosa maestría los insidiosos naipes con que dos matrimonios demoníacos plantean su estrategia destructiva.

Pero como toda buena novela, *El buen soldado* admite (solicita) varias lecturas. No sólo es un discurso en torno al matrimonio, sino también alrededor de las instituciones anglosajonas implicadas, y a las religiones católica y protestante en sus vertientes psicológicas. En realidad, la novela de FMF constituye un magistral ejercicio de investigación psicológica, a varios niveles y desde varios puntos de vista, interesada prioritariamente en la complejidad del problema, en la trabazón de sus elementos, en las influencias recíprocas que entre ellos se verifican, inmer-

dose en la escuela de la narrativa de Henry James.

En *El buen soldado*, la capacidad de expresión y penetración psicológica alcanza una altura inusitada; planteando una situación en la que la confrontación depredadora entre «gentes bien» —expresión y conflicto de «instituciones bien»— se transmuta en una trágica secuencia de rituales ociosos y dañinos, de los que emerge como única vencedora la personalidad que a todo lo largo del relato ha dejado más patente muestra de su hediondez moral. Es esta una historia desolada, fascinante y, probablemente, cotidiana. Con ella, Maddox Ford colocaba una bomba bajo el friso de las respetables y tranquilas conciencias europeas. Una novela absolutamente recomendable para jóvenes comprometidos (en el sentido paramatrimonial) y teóricos de la convivencia. ■ CHAMORRO.

amistoso con que la tripulación bautizó la primera bomba atómica— no es una simple crónica dramatizada del inolvidable día de Hiroshima. El autor, Pierre Halet, ha tomado a Claude Eatherly, el atormentado ejecutor —entre otros ejecutores no atormentados— de aquella acción, y ha hecho de su sentimiento de culpa el hilo conductor del drama. Eatherly, como es sabido, intentó suicidarse varias veces cuando conoció los resultados del lanzamiento de la bomba. Escribió numerosos artículos pacifistas y fue internado en un sanatorio psiquiátrico, porque se sentía identificado con aquel «Little boy» que se abatió sobre Hiroshima. En el drama de Halet, el pasado y el presente se confunden, los recuerdos del enfermo con las palabras del psiquiatra que le atiende, el rostro de su mujer con el de una actriz japonesa muerta en Hiroshima. Tanto por su estructura como por su texto, «Little boy», versión castellana de Carlos Rodríguez Sanz, es una excelente obra dramática que valdría la pena montar en cualquier parte. El caso de «Diez de mayo» —escrita sólo en tres días— es distinto. Estamos ante un brillante ejemplo de «teatro de urgencia», que sometió a un público estudiantil un hecho recién acaecido. Por lo demás, es muy expresiva la inclusión de una frase solicitando la liberación de los compañeros detenidos en aquel momento, frase intercalada que se va repitiendo periódicamente. «Diez de mayo» resulta hoy, como es habitual en este tipo de teatro, un precioso documento, y, a otro nivel, un ejemplo de «teatro de circunstancias» —cómo no recordar, por ejemplo, las que escribió nuestro Max Aub durante la guerra civil española—, cuya función está ya cumplida.

Menos interesante nos parece «Grandeza y miseria...». Demasiados simbolismos y pretensiones. Y una elaboración intelectualista —quizá por miedo al panfleto y al naturalismo—, que contradice, en parte, las intenciones y los fines de la obra. El símbolo de Minette —la mina— navega entre dos aguas, como también el de los explotadores, tratados con un estilo que

recuerda al de los «gangsters» de «Arturo Ui», pero sin el rigor y el genio empleados por Brecht. ■ J. M.

Un «best-seller» anglosajón

Tras encabezar durante varios meses las listas de «best-sellers» del *Time*, la última novela de John Fowles ha sido recientemente publicada en castellano (1).

La mujer del teniente francés (traducción literal del título original) puede servir como dato para elaborar varias hipótesis. En primer lugar, el alto grado de oficio y minuciosidad alcanzado por el escritor profesional anglosajón, amparado por un mercado como ninguno y puesto al servicio de una temática banal y una problemática que nada tiene de novedoso. En segundo lugar, el puesto alcanzado por la novela en las listas de ventas norteamericanas indica cuál es el nivel del lector anglosajón, un nivel alto. Pues *La mujer del teniente francés*, si bien no es una gran novela, sí puede pasar como una narración aceptable —sólo un tanto prolija, premiosa—. John Fowles ha puesto en ella todos sus conocimientos de la narrativa funcional, dirigiéndose, sobre todo, a elaborar un retrato psicológico de los personajes y la descripción de una época —la victoriana— desde un punto de vista ostentadamente actual —ostentación que no le es accidental al autor, sino que, por el contrario, asume de una manera absolutamente voluntaria—.

John Fowles ha querido contar una historia de amor enmarcada en un ambiente encenagado por los prejuicios morales y sociales. Al unísono, ha pretendido crear un pastiche de la novela decimonónica —cosa que consigue con un desenfado total— y, a su través, ofrecer una espectrografía de la época victoriana a través de datos poéticos, de crítica literaria y de costumbres, de antropología social, de economía política... En su novela aparecen citas

(1) John Fowles, *La mujer del teniente francés*. Plaza & Janés, 1971.



Ford Maddox Ford.

sa encomió Arnold Bennett y cuya poesía fue analizada por Ezra Pound, la cual le consideraba una de las más finas inteligencias de su época.

Recientemente se ha publicado en castellano una de las mejores novelas de este prolífico escritor: *El buen soldado*.

sa en una trama espesísima.

FMF no se propuso (creo) destruir con esta novela ninguna tradición literaria, sino simplemente utilizar los elementos tradicionales a su mayor capacidad de trabajo, llevando el juego de sus resortes hasta sus últimas consecuencias. La fascinación que Flaubert ejerció sobre FMF se vio tamizada y sujeta por su soberana lucidez, templán-

(1) Ford Maddox Ford, *El buen soldado*. Ed. Planeta.

Un teatro «de mayo»

Tres obras muy diversas entre sí, pero agrupables desde una determinada perspectiva sociopolítica, han sido incluidas en un volumen de la colección teatral de «Cuadernos para el Diálogo». Se trata de «Grandeza y miseria de Minette, la bella de Lorena», de J. Kraemer; «Little boy», de P. Halet, y «Diez de mayo», de L. Goustine. Las tres poseen un común denominador: su voluntad de información histórica, aunque mientras la primera y la tercera se refieren a hechos inmediatos y tratan de impulsar la acción de los espectadores —ya sea ante el monopolio y la explotación de una cuenca minera; ya sea ante los medios utilizados por la CRS contra los estudiantes alzados en mayo de 1968—, «Little boy» es el resultado de una elaboración mucho más reposada y aspira a un tipo de reflexión distinta en el espectador. No es, pues, sorprendente que, abordadas hoy por un lector español, situado fuera de la circunstancia objetiva y emocional concreta que determinó el nacimiento de «Grandeza y miseria...» y «Diez de mayo», sea «Little boy» el texto que más le interese. «Little boy» —nombre